

EL LÍMITE DE LA CORDURA

La lluvia siempre es bienvenida en un sanatorio mental. El rítmico golpeteo de las gotas de lluvia en los cristales tiene un efecto relajante en los pacientes, que los especialistas agradecen sobre todo cuando están en medio de una sesión con un enfermo mental agresivo o especialmente inestable. Esa melodía casual de agua contra vidrio calma a los enfermos y les hace bajar la guardia. Uno de los médicos que más agradecía este fenómeno era el sr. Bartolomé Camps, uno de los doctores recientemente incorporados en plantilla del hospital mental. Hombre de voz grave y temple tranquilo y pausado, el doctor Camps estaba encantado con el día gris y lluvioso del que el resto de mortales se quejaba. Era el día perfecto para encauzar una sesión de control con Germán Castro, un asesino en serie que quitó de en medio a diez personas y que permanecía ingresado en el psiquiátrico desde el año 1.995.

Germán no llegó a ingresar en la cárcel ya que durante el juicio se demostró que todos los asesinatos los había cometido con sus facultades mentales mermadas, ya que él mismo se autoproclamaba el anticristo, y recalca una y otra vez que sus víctimas (traficantes, pederastas, asesinos, prostitutas, ladronzuelos y demás individuos de reprochables aficiones), las había seleccionado para asesinarlas por su condición de malvadas, para que formaran parte de sus doce apóstoles del mal. El juez le escuchó un par de veces y pidió la opinión de un experto que certificó el estado de desvarío mental del acusado. Acto seguido y tras unos días a disposición judicial, Germán dio con sus huesos en el centro psiquiátrico donde once años después de que le recluyeran, otro de esos medicuchos se proponía “curarle”.

En el despacho del doctor Camps solo estaban ellos dos. Paciente y médico. El primero atado a la silla de ruedas con la que lo transportaban para la seguridad del

personal y del resto de enfermos; el segundo revisando informes realizados por otros compañeros sobre el enfermo, sumergido en ellos, sin percatarse de que Germán clavaba su mirada en silencio sobre el doctor, mientras el sonido de la lluvia contra las ventanas continuaba ejerciendo como soporífera banda sonora.

Al pasar la última página del último de los informes, el doctor Camps deja las gafas sobre la mesa y fija la mirada en el enfermo para preguntarle a continuación:

- Estás muy callado Germán. ¿En qué estás pensando ahora mismo?

El aludido suelta una risita.

- ¿Ahora? -pregunta a continuación.

Bartolomé asiente.

- Es usted perverso, doctor.

Fuera la escasa luz del día que dejan pasar las nubes grises comienza a desaparecer. Bartolomé mira la hora. Tendría que acabar rápido la sesión, pues en media hora le esperaban sus colegas del club social para tomar unas copas y jugar al poker antes de la cena. Así que sería mejor dejarse de rodeos e ir al meollo del asunto.

- ¿Por qué? ¿Por qué soy perverso?

- Por el interés que muestra. Su insistencia por entrar en mi mente es bastante sospechosa.

- Soy psiquiatra. Es mi trabajo.

Germán sonrío maliciosamente y se revuelve un poco en su silla intentando buscar una postura más cómoda.

- Es su trabajo, pero nadie le obligó a aceptarlo. Pudo hacerse pintor, profesor, carpintero, abogado. Sin embargo decidió estudiar varios años de su vida, para ocupar un puesto de trabajo que consiste en bucear y meterse en las mentes de asesinos,

violadores, esquizofrénicos y todo tipo de escoria social como yo. No sé a usted, pero a mí parece algo morboso y despreciable.

Mientras hablaba, el doctor apretaba con fuerza el bolígrafo en su mano. Las palabras que hacía aquel inepto demente le estaban pareciendo insultantes, pero debía controlarse, ya que eso es lo que el paciente pretendía. Se enfrentaba a un caso muy especial y no podía dejarse llevar por el tono ni por las sugerentes palabras del sujeto

- Yo no quiero meterme en su mente solo por cuestión de morbo, si no para saber qué es lo que no funciona en su cabeza e intentar arreglarlo.

De nuevo Germán dejó escapar una risita como la que soltaría un crío cuando le pillan haciendo una travesura.

- ¿Seguro que es solo por eso?

- Seguro -contestó el doctor sin titubear.

- ¿Me está diciendo, doctor, que no disfruta haciendo su trabajo?

- Claro que disfru...

- ¿Qué no le gusta hurgar en el lado oscuro de la mente de las personas? ¿Qué le encanta tener conocimiento de los pensamientos impuros o salvajes de mentes alteradas como la mía?

- No es eso exactamente.

- Miente -afirmó Germán con rotundidad atado en su silla pero consiguiendo echar un poco el cuerpo hacia delante, clavando su mirada en la del sr. Camps.

Los nervios comenzaban a hacer presa en el joven doctor. Germán Castro era un enfermo que había pasado por manos de muchos especialistas y ninguno de ellos había logrado conseguir avances en su estado mental. Es más, la mayor parte de ellos había optado por dejar de tratarle alegando unos que el enfermo les causaba pavor, que les superaba en dialéctica alegando otros. El caso es que Germán estaba como cuando

llegó al centro once años atrás y que todos los médicos que se habían enfrentado a él habían optado por tirar la toalla o salir cagando leches del psiquiátrico para dedicarse a otras labores menos estresante.

Al leer los informes, Bartolomé pensaba que estaban un poco sobredimensionados, pero tras unos segundos hablando con Germán comenzaba a valorar los escritos de una forma mucho más literal.

- ¿Por qué afirmas tan rotundamente si ni siquiera me conoces? -preguntó el sr. Bartolomé enarcando las cejas, ansioso de conocer la opinión de aquel demente.

- ¿Es usted feliz, doctor?

- Claro -contestó de nuevo sin titubear.

- Por eso sé qué miente. Por qué es feliz. Por que tiene una familia que le quiere, un coche último modelo, una casa enorme con hilo musical y un trabajo que le encanta. Si no le gustase estar aquí, si odiase bucear en los pecados de gente como nosotros, odiaría su trabajo y por consecuencia sería infeliz. Infeliz por tener que venir todos los días a las nueve de la mañana a un centro psiquiátrico como éste. Un centro al que odia, donde hay gente que odia y donde tiene que hacer un trabajo que odia.

La lluvia cesó, y con la marcha de ésta, también cesó la reiterativa y tranquilizante musiquita de las gotas contra el cristal de la ventana del despacho.

- No. No es cierto.

- Pues rebátalo, doctor. Déme un argumento que machaque el mío. Diga algo que me haga tragar mis palabras, que demuestre que me equivoco y que me haga pensar lo contrario sobre usted.

Las palabras de Germán sonaron en la habitación contundentes, intensificadas por su mirada que permanecía fija en la del doctor, los dos casi sin pestañear.

- No lo haré, Germán. No accederé a tus juegos hasta que aceptes que no eres el Anticristo. Hasta que lo digas sinceramente.

- No puedo negar mi naturaleza -repuso el enfermo de forma airada, relajándose por fin y desviando ahora la mirada del doctor hacia un rincón del despacho.

El doctor Camps interpretó el gesto como una muestra de debilidad. Debía continuar contraatacando y zanjar así en un par de minutos la sesión; no quería hacer esperar a sus amigos del club social.

- Tu no eres el Anticristo -dijo el doctor con serenidad para mantener el tono calmado que había vuelto a reinar-. Eres víctima de tus propio desvaríos. Debes tomar consciencia de que eres un enfermo, que tienes un problema que atormenta tu cerebro y que solo si lo asumes podrás superarlo y volver a ser normal. Germán, el Anticristo no existe.

- Su fe es totalmente nula, doctor -dijo el enfermo volviendo a clavar su sombría mirada en la del médico-. Sería usted un apóstol del mal perfecto.

Sin darse cuenta, Bartolomé Camps volvía a agarrar el bolígrafo con fuerza, apretándolo como si lo quisiera partir en dos. La mirada de aquel chiflado le estaba sacando de quicio.

- Estás enfermo, Germán. Tú no eres el Anticristo. No lo eres.

De nuevo el silencio se proclama amo y señor del despacho, pero por que las palabras sobraban. Con la mirada se lo decían toso. Aun así, el doctor Camps esperaba una respuesta de su paciente. En cambio, Germán sonreía de forma burlesca en una mueca extraña, despreciando a su interlocutor.

El doctor Camps, encolerizado y herido en su orgullo dio un golpe con los puños sobre la mesa.

- ¡No seas imbécil! ¡Sabes que tan bien como yo y como todos que no eres el anticristo! ¡El anticristo no existe! ¡No lo eres!

- Eso habrá que verlo, doctor.

- ¡No! ¡No lo eres! ¡No lo eres! ¡No lo eres! -repetía varias veces sin cesar el doctor golpeando la mesa con los puños mientras repetía el salmo una y otra vez, bajo la atenta y atenazadora mirada de Germán que continuaba mostrando la mueca airada que tanto encolerizaba al doctor.

Parecía que era el enfermo quien de forma inconsciente inoculaba el ataque de ira que poseía a aquel médico siempre de actitud tranquila y reposada.

Sí, cualquiera que hubiese podido ver con sus ojos la escena no hubiese dudado de que aquel hombre atado a la silla de ruedas, era el que estaba provocando el derrame cerebral que estaba acabando con la vida del sr. Bartolomé, cuyo rostro se iba enrojando más y más mientras golpeaba la mesa y repetía una y otra vez que Germán no era el anticristo, que no lo era, que no lo era, que no lo era, que no lo era, que no... Repitiendo la frase una y otra vez hasta que Bartolomé Camps, cayó fulminado sobre el escritorio de su propio despacho, bajo la atenta y aterradora mirada de Germán Castro, autoproclamado el anticristo. Esa noche, el doctor no llegaría a tiempo para tomar unas copas con sus compañeros del club social, ni podría echar con ellos unas partidas al poker. Ni esa noche ni ninguna más.

- ¡Hay, doctor, doctor! -dijo el enfermo después de que el doctor expirase- Esa falta de fe y esa ira no pueden ser buenas. ¿Cómo se le ocurre negar la existencia del anticristo? ¿No ve que negarla es negar también la existencia de Dios Todopoderoso y Misericordioso? -después de pronunciar las tres últimas palabras escupe en el suelo, como si la saliva que había empleado para articularlas le produjese quemazón en el paladar- Bueno, con usted ya sois once, doctorcito. Uno más y estaré listo para sufrir el

tormento que me aguarda antes de que me sacrifiquen. Solo un discípulo más para expandir mi reino de sufrimiento y dolor. Nos veremos en el infierno, cuando este salga a la superficie y lo consuma todo, doctorcito, ahora tengo ganas de echarme una siesta y descansar un poco. Ha sido una sesión agotadora.

Durante un par de segundos Germán observa el cuerpo inerte del doctor Camps sobre el escritorio. Acto seguido, congestiona el rostro y con un tono de voz de espanto y preocupación, comienza a llamar a gritos al celador que le trajo hasta el despacho.

Esa noche, después de explicar al personal su versión de lo sucedido y de decirles que quería que le dejaran solo, porque la muerte espontánea del doctor le había afectado mucho, Germán descansó plácidamente mientras hacía planes sobre como encontraría y captaría a su próximo apóstol para llevar a cabo su plan, y disfrutaba pensando en como acabaría con la vida de todo aquel que se interpusiese en su camino.